

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ. : PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

"CINCO DIAS EN EL PRESIDIO DE USHUAIA"

UN CAN EN UN CEMENTERIO...

Un can amarillo, azul o verde, si ustedes lo desean — pero que diz ser periodista — quiso transcurrir cinco días en el presidio de Ushuaia.

Si este deseo, experimentado por este can periodista e indocto, lo hubiera abrigado cualquiera, ponemos por caso el carnicero de la media cuadra o el barrendero de la calle, no habría tenido consecuencias tan siniestras y funestas.

Es que entre esa gente que trabaja, aun en faenas humildes y al parecer groseras, se puede hallar muchas personas honestas y leales, y con sentido común. Mientras que en el gremio de los periodistas, necesitaríamos la linterna de Diógenes, para hallar la larva, la sombra de un hombre que poseyese los atributos morales del menestral más oscuro y envilecido por la canalla oficial.

Sería pedirle peras al olmo, exigirle a un ente que ha prostituído su intelecto y hasta los más ínfimos sentimientos, enlodando su dignidad, que fuera honrado y recto.

Pero si no somos tan cándidos y utopistas para incurrir en la zoncera de pedirle virtudes cardinales a los que escriben en los diarios, quisiéramos que tuvieran siquiera un poquito, solamente un poquito, de ese sentido común, que, a veces, nos evita entraparnos en las peores chambonadas. Y también un poco de sínderes y otro poco de tacto con nuestros semejantes, capaz de impedirnos cometer feñas acciones que nos encanallan, perjudiciéndonos más a nosotros que a los demás.

Y precisamente es eso lo que ha hecho, quien escribió en el Suplemento de "La Razón", una crónica con el título de "Cinco días en Ushuaia".

La verdad, nos resistimos a creer que alguien con figura humana, espejo de nosotros mismos, haya podido cometer un acto tan bellaco, como es el de ensañarse con premeditación y alevosía, escañeciendo a unos pobres presos que ya pagaron su tributo de sangre y lágrimas a la justicia de esta sociedad moderna: felatrix con ojos de tinieblas que adula y perdona a los bandoleros que matan y roban por mayor, y castiga duramente a los que matan por menor.

Esta can siniestro y fúnebre, parece que su misión "periodística" es la de hozar en los cementerios, donde a los hombres se los sepultan vivos. Ello, para desenterrar exhombres, exhumando sus lacras y sus crímenes, que ya han sido juzgados y condenados, poniéndolos otra vez en la picota de la publicidad.

No es posible dudar que quien cometi6 esta acción soczmente villana y cobardc, es un idiota rematado, o un ser de instintos criminales y sádicos.

Creemos adivinar al decir que posiblemente es las dos cosas a la vez.

Su prosa chambona y zurda pinta acadadamente su fisonomía moral y los puntos que calza en enanto a caletre. Todo el relato de su estada en el presidio es absurdamente disparatado, con toques de un grotesco tan ridículo que llega a ser piramidal. Todavía no nos podemos dar cuenta cómo en el Suplemento literario de "La Razón", pudo insertarse ese bodrio, esa bazofia informativa. Para tal director tal pinche.

to que evidenciase un analfabetismo más pavoroso. Ni un reporter de quinto o sexto orden, urde tan bisoñamente una crónica que está encaminada a convertir lo negro en blanco.

Nadie que tenga dos dedos de frente, deja de advertir la falsedad y lo mendaz de todo lo que se dice en ese relato.

Es que cuando no se posee el dominio siquiera del idioma, ¿cómo se puede reflejar fielmente la verdad? ¿O cómo se

hecho malhadado. Para cualquier ser que se respete a sí mismo, y, por ende, respete a su semejante, hacer lo que hizo ese plumífero contra unos pobres penados indefensos y maniatados tras las rejas de la cárcel, sería un grave cargo de conciencia y quizás un eterno recordamiento.

Es que hay leyes no escritas, leyes immanentes que son más poderosas y efectivas que las consignadas en un código.

Y uno de esos artículos que existe en las leyes tácitas que acata todo el género humano, es el dictado fundamental humano de no insultar al caído.

Hasta en el Congo y hasta en las selvas de Africa, y entre los salvajes más sanguinarios, se observa este precepto elemental de humanidad.

Es inaudito que un hombre, partiéndo desde una metrópoli donde todas las comodidades hacen muelle la vida, mitigando las crueles vicisitudes de la existencia, llega a un páramo, a un cementerio en que viven enterradas 300 vidas, y que al contemplar de cerca y con sus propios ojos, el sufrimiento, el dolor lincicante de esa gente — que son triplemente desgraciados por haber perdido la libertad para siempre, por soportar la inclemencia del clima y por las vejaciones de los carceleros, no le haya arrancado siquiera un grito de horror...

Es necesario ser monstruosamente egoísta para no sentirse hondamente conmovido por tanta tortura moral y física padecida por seres que, a pesar de ser "criminales", son hermanos nuestros, y que a la par de todo el mundo, tienen sus ilusiones, sus sueños y esperanzas de una existencia mejor.

Alguien con más sensibilidad y un poquito más de imaginación, que ese kanguro metido a cronista, le habría bastado la permanencia de esos cinco días para enloquecer o crear un poema maravilloso.

Pero no hay en toda la creación un ente más desprovisto de todas las cualidades que integran y enaltecen la personalidad humana, como un periodista, sobre todo si éste es ignorante y está acostumbrado a escribir con las extremidades inferiores.

Por último, la escena donde relata la entrevista con Radewitzky, es tan idiota, tan descabellada y el designio de presentarlo como un rebelde de novela barata, que la calumnias, por grosera, se cae por su propio peso.

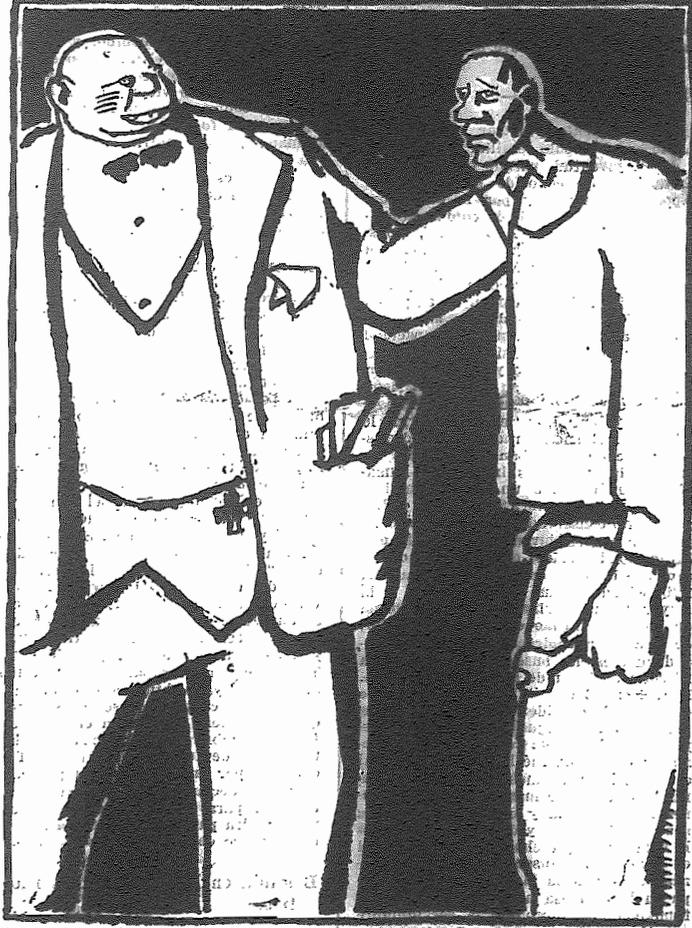
No haremos, pues, hincapié en ello.

Es triste oficio el de emplear la pluma en menesteres infamantes, y más triste todavía que se sirvan de la desgracia ajena como escabel para hacerse visible y grato a los que por toda recompensa le puedan dar un puesto de carcelero o de vigilante en una comisaría de campaña.

Y nos parece que todas esas infamias, todas esas mentiras y todo el infandio que se halla contenida en esta información del presidio de Ushuaia, ha sido confeccionada con el objetivo misérrimo e interesado de conseguir algo manducable.

En esas dos páginas manufachadas de conceptos y de frases que se dan de coces unas con otras, no hay una exclamación, no hay una palabra de simpatía, nada que demuestre emoción ante un es-

Hablan los industriales alemanes



Como ahora no hay stock de rentistas zánganos, trabajarás hasta el aniquilamiento. Necesitamos muchos de "esos" en nuestro país, para aparentar riqueza.

Lean este párrafo:

"En mi espíritu, ávido siempre de emociones, llevava un interrogante sobre el lugar que absorbía mis suposiciones y proyectos. No podía imaginar con certeza aquellas miserias humanas, ni menos abarcar la infinita pena que produce a las almas sensibles como la mía, un sitio, donde las pasiones y el amor, donde la sangre y el llanto, se mezclan asexualmente en conjunto, misterioso?"

¡Que galimatías! Y así de ese tenor es toda la crónica. El que escribió esa "cosa" es capaz de todo en este mundo, hasta de ser paricida.

Podemos afirmar que en los muchos años que leemos diarios, nada hemos vis-

puede disfrazar la mentira con una apariencia de verosimilitud?

Para esto último, se requiere una habilidad y un ingenio que está lejos de poseer este can, quien usa plumas para despistar su verdadera indiosineracia, y que habla de su "cotidiana labor de periodista", con las ínfulas de la ignorancia ensobberbida.

Por eso, dejamos a un lado la falsía de esta información que es una burda mistificación, a la vista de todo el mundo — y principalmente del pueblo trabajador, que sabe leer entre líneas — para abordar de lleno el sentido ético que entraña este

pectáculo que sería capaz de conmover a un corazón de granito.

Al contrario, hace reflexiones denigrantes para aquellos que, por el dolor de sus vidas marradas y atormentadas, eran dignos, sino de la piedad del cronista, por lo menos de respeto.

De ahí que pensemos con mucha razón, que esa crónica ha sido fraguada por la administración del presidio y confeccionada por la psicología de un canchero, de un aspirante a verdugo—quien pretende despistar a la opinión pública desviando su atención a fin de que pasen inadvertidas las vejaciones que infligen a los penados.

Después de todo, del periodismo burgués y de los periodistas burgueses, se pueden esperar desde lo más vil hasta

lo más infamante. Hay muchos que serían capaces de vender en pública subasta al más querido deudo, con tal de beneficiarse en algo.

Por su grosería, por su ignorancia superlativa, por su desaprensión para publicar los escritos más calumniosos y mendaces, el periodismo bonaerense es la cloaca máxima de sudamérica.

Calumnia, calumnia que algo queda, reza el proverbio de los arribistas, de los aventureros y de toda la hampa de esta sociedad corrupta.

¿Pero esta vez a quiénes? A unos pobres penados, cuyas vidas es una ascensión incesante al más abrupto de los calvarios.

¿Verdad que ésta es una hazaña que honra y enaltece al periodismo nacional?

M. A. Bakunin

Un esbozo biográfico

La familia de Bakunin.—

Miguel Alexandrovitch Bakunin nació el 31 de mayo de 1814 en Pryamuchino, en una hacienda a la orilla del Osgua, en el distrito de Novotorschok, gobierno del Tver, comprada en 1779 por su abuelo, Miguel Vasilévitch Bakunin, consejero de Estado y vicepresidente del colegio de la cámara en tiempo de Catalina II, y habitada después de su servicio del Estado por su numerosa familia. Su tercer hijo, Alejandro, el padre de Bakunin, por motivos desconocidos fué educado en Italia, desde los nueve años; se hizo doctor en filosofía en la Universidad de Pádua, y, aunque destinado al servicio diplomático, se dedicó también al estudio de las ciencias naturales y se adhirió en absoluto a las ideas filosóficas liberales y cosmopolitas tan difundidas en todos los círculos instruidos en el período anterior a la revolución francesa y en el primer tiempo después del asalto a la Bastilla. Pero la realidad de los años de revolución hizo retroceder su liberalismo platónico. Mientras que sus dos hermanos eran empleados del Estado y oficiales, él rompió sus relaciones con el servicio estatal muy pronto, y adminis-

tró, según el deseo de los padres, la hacienda de la familia, donde vivían también sus hermanas solteras que cayeron en la religiosidad, una revolución en que ha debido influir su hermano Ivan, oficial muerto en el Cáucaso en la década 1820-30. Tan sólo a los cuarenta años se enamoró de una joven de la familia de los Muraviev, Bárbara Alexandrova, una muchacha, muy cortejada por la juventud, y que convirtió pronto en madre de once hijos, entre ellos uno muerto prematuramente, nacidos desde 1811 a 1824. Primeramente nacieron las hijas Lyuba (el 1811) y Bárbara (el 1812), después Miguel Bakunin (1814), y después las hijas Tatiana (1815) y Alejandra (1816) y finalmente cinco hijos varones (1818-23); y una muchacha muerta a los dos años de edad. Esa gran familia vivió la mayor parte del tiempo en Pryamuchino visitando temporalmente Tver y Moscú hasta que el período de los estudios o del casamiento, y en el caso de la hermana mayor, una temprana muerte, rompieron el círculo familiar; los padres, en especial el padre, que se había vuelto

El círculo familiar.—

Es conveniente penetrar algo íntimamente en el círculo familiar de Bakunin y de su juventud, porque ese ambiente, ahora bastante conocido por su propia exposición ulterior y por la correspondencia y otros materiales cuidadosamente elaborados por A. A. Kornilof, (Moscú, 1911), tuvo una gran influencia en su desenvolvimiento; Miguel Bakunin recibió de él, base, dirección e impulso; la intensidad de su acción, la amplitud de sus fines correspondían a su propia naturaleza, así como a su gran capacidad de hacer obrar sobre sí los mejores fenómenos de su tiempo y ordenar el germen más precioso de su aspiración siempre consciente hacia su lejano objetivo.

En su juventud, en la casa paterna, le faltaron influencias radicales e idealistas; en cambio estaban fuertemente representadas todas las influencias humanistas, tendientes a un profundizamiento de la vida interior. Su anciano padre, por atento conservador que fuese en comparación con su juventud, tenía, sin embargo, hondas raíces en el período de los enciclopedistas y en J. J. Rousseau. La religiosidad de sus hermanas pasó a la mayor de las sobrinas, pero en la forma de un culto íntimo de su vida interior, de una seria aspiración hacia una verdad inaccesible, buscada después en la filosofía en lugar de serlo en la religión. Miguel creció como el co-investigador de esa verdad, considerado pronto por las hermanas como igual, y como guía espiritual indiscutible de los hermanos menores; enseguida fué la cabeza espiritual de todos los hermanos. Ese fué verdaderamente el grupo más ideal a que perteneció en su vida y el modelo de todas sus organizaciones y de su concepción de la vida futura y dichosa de la humanidad en general. La ausencia de preocupaciones materiales, la vida holgada del campo en la hermosa naturaleza, aunque se fundamentaba tanto en la servidumbre reunido estrechamente ese círculo fraternal, creando un microcosmos de libertad y de solidaridad, con aspiraciones íntimas e intensivas hacia el perfeccionamiento interno de cada uno y de todos; el talento natural sobresalía en él, pero quedaba siempre vivo el deseo de hacer compartir a los demás, igualmente, lo conseguido por uno; a esto se agregó luego el deseo de obrar en pro de la humanidad entera y de compartir desinteresadamente con todos lo alcanzado por uno mismo. Claramente están aquí los gérmenes de las aspiraciones de su vida hacia un mundo de la síntesis de la libertad y de la solidaridad, de la anarquía y del socialismo, inseparables de la libertad moral, del conocimiento de la naturaleza libre de las supersticiones, del ateísmo. Lo que parece faltar aún es la voluntad, el placer de la destrucción que lo inspiraron más tarde poderosamente; ese estadio fué precedido por el amor, por la santa seriedad, por la firme voluntad de combatir por el objetivo final; de

eso resultó lógicamente la necesidad de la destrucción, de la revolución.

Bakunin en Petersburgo.—

Esa evolución fué interrumpida, pero no quebrantada para siempre, cuando el 25 de noviembre de 1828, a los catorce años y medio de edad, fué enviado a Petersburgo para concurrir a la escuela de artillería, un internado de varios años, profundamente aborrecido por él, hasta su liberación en la clase de los oficiales, a fines de enero de 1833. Esa recobrada libertad, — podía vivir fuera del establecimiento ya —, fué entusiastamente acogida. En el próximo período tuvo un idílico amoroso pasajero con una prima, luego una fuerte excitación intelectual por las poesías de Venévitinov, en el verano de 1833, poco después de un contacto que le acercó a la vida práctica rusa, política y económica, con un viejo amigo de su padre y pariente de su madre, el ex estadista Nicolai Nazarovitch Muraviev. Por un Muraviev más joven, que sólo tenía cinco años más que él mismo, fué con probabilidad, fuertemente excitado su sentimiento nacional, sentimiento que no le abandonó nunca, pero que fué poco alimentado gracias a la educación cosmopolita de la casa paterna.

En agosto-septiembre de 1833 visitó a su familia en Pryamuchino, y entonces intervino un nuevo elemento en su vida. La lucha por el derecho y la lucha de lo joven contra lo viejo y de la libertad humana contra la autoridad. Primeramente en la forma de su defensa de la hermana mayor contra un matrimonio que ésta odiaba. Fué su primer lucha, que llevó a cabo con toda energía y tenacidad y que destruyó en él la ilusión de la armonía general, especialmente de la felicidad de la familia patriarcal.

El servicio militar.—

Su carrera militar, que no le interesó nunca particularmente, recibió un golpe a causa de una contienda brutal con un general, que motivó su envío, antes de la terminación de la clase oficial, a una brigada de artillería al este de Rusia (a principios de 1834). El servicio en el gobierno de Minsk y de Grodno — estuvo también en Vilna y conoció la sociedad polaca fugitiva, echó algunas miradas a la política turca en Polonia, gracias a su pariente M. N. Muraviev, entonces gobernador de Grodno y después el famoso verdugo de Polonia, — ese servicio sin objeto fué para él un martirio. Se sentía absolutamente aislado, soñaba ya con dedicarse "a la ciencia y al servicio civil después del abandono del servicio militar" (19 de diciembre de 1834); sólo en caso de una guerra no quería dejar el ejército. Esperaba ser trasladado a su tierra natal y llegó realmente a principios de 1835 a Tver en busca de caballos. Desde allí se dirigió a Pryamuchino, se dio por enfermo y logró, contra el deseo de su padre, obtener un puesto de funcionario civil en Tver, obtenido por mediación de su padre. Su propósito declarado era entonces la instrucción para la actividad científica y una cátedra para difundir el conocimiento filosófico obtenido en sus estudios.

Bakunin en Moscú. Estudios filosóficos.—

En marzo de 1835 conoció en Moscú al joven Stankevitch (nacido en 1813); en el verano, su amigo Efreimof visitó la hacienda familiar y en el otoño fué allá también Stankevitch y se hizo íntimo amigo de Miguel; su interés filosófico se dirigió entonces hacia Kant, que Stankevitch — ocupado desde hacía varios años de la filosofía alemana —, quería estudiar ante todo como fundamento para la comprensión de Schelling. La conexión de Bakunin con el círculo de amigos que se formó desde 1831-32 alrededor de Stankevitch se produjo naturalmente por medio de la familia Beer de Moscú, conocida de su familia, cuyas dos hijas eran amigas de sus hermanas y frecuentaban mucho Stankevitch y sus amigos. Es imposible penetrar en los detalles de todas esas relaciones; para los rusos que se interesen por las "gentes de 1830-40 y de 1840-1850" existen muchos volúmenes de correspondencia, de memorias, de biografías, etc., y sería necesario escribir tomos enteros para los que no conocen ese

asunto especial a fin de familiarizarlos con él. En general se puede decir que, tras la ideología filosófico-literaria puesta en primer término, la vida real intervenía en todos estos jóvenes de ambos sexos y exigía sus derechos. El objetivo ideal común reunió gentes ricas y gentes relativamente o por completo desposeídas y además se cruzaron amores y pasiones, felices e infelices o sin perspectivas. La solución de todos esos conflictos, ventilados con tanta seriedad filosófica y tan intensamente discutidos, era la mayoría de las veces prosaica, al margen de todo ambiente de ideas. Naturalmente Miguel estuvo pronto o de inmediato en el centro de esas pasiones agitadas y no sólo asumió sus propios asuntos, sino también los de sus hermanas. Era inevitable que sus amigos, incluso Belinski, se enamoraran de sus hermanas; y algún cruzón femenino salió por él mismo sin respuesta; además tenía bajo su protección especial el matrimonio desgraciado de una de sus hermanas. Tal vez por la íntima vida familiar de su propia juventud, no estaba inclinado a dejar a un lado todas esas perturbaciones, sino que se arrojaba con fogosidad en esos problemas, que habrían debido solucionarse mejor los afectados, por sí mismos; de su actitud nacieron algunos conflictos y enemistades. También este rasgo quedó en él hasta el fin; se sentía justamente una naturaleza intensivamente social.

Cuando su padre comprendió a principios de 1836 que Miguel se interesaba sólo por alguna cátedra filosófica en Moscú como objetivo de su vida, prácticamente anhelada para un lejano futuro, se produjo una aguda ruptura y Miguel se marchó de la casa de sus padres y se dirigió a Moscú para fundamentar una existencia propia, lo que hizo mediante la enseñanza privada de matemáticas, con la intención de asistir a la Universidad como oyente extraordinario. El punto indirecto del conflicto fué el viaje al extranjero; y deseado entonces anhelosamente por Bakunin para visitar alguna Universidad alemana, lo que pareció una excentricidad enorme al anciano padre de diez hijos. En Moscú, desde febrero de 1836, absorbió la ideología filosófica de Fichte, cuyas *Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten* tradujo a pedido de Belinski para el *Teleskop*, y cuya *Anweisung zum seligen Leben* fué el libro favorito, que le fascinó directamente; con Stankevitch leyó también a Goethe, a Schiller, a Jean Paul, a E. T. A. Hoffmann y a otros. Su proyectada independencia económica no se le realizó entonces, como no se le realizó nunca en su vida ulterior, — también una temprana característica —; comenzó a dar en abril de 1836 una lección, pero a fines de mayo estaba ya en Pryamuchino, donde quedó largo tiempo; pues el conflicto con el padre se había suavizado sin que ninguno cediera en su punto de vista y con sus hermanas, que habían lamentado mucho su comportamiento brusco para con el padre, se había explicado bien por carta; en esa primavera y en el verano supo convertirlas de la religiosidad formal, que les pareció hasta allí lo supremo accesible para ellas, al fichtismo idealista en el sentido de la *Anweisung zum seligen Leben*, fortificar en ellas y en los hermanos menores su influencia apenas comovida. Ya en 1835, en Tver, había concebido la idea de formar con sus hermanos y las hermanas Beer un pequeño círculo propio en Pryamuchino, ligado por la unidad de fin y de ideas, — un lugar de refugio frente al mundo exterior. Esta, si no la hubieran precedido planes anteriores desconocidos para nosotros, sería en cierta manera la primera de sus sociedades secretas, que tuvieron siempre un núcleo muy íntimo de los compañeros más íntimos.

Debo renunciar a los detalles en los años siguientes hasta el verano de 1840, en que la transición de Fichte a Hegel, el más riguroso hegelianismo con consecuencias conservadoras, reaccionarias para el presente ruso, las relaciones con Belinski, el conflicto con los círculos radicales y socialistas alrededor de Herzen y Ogaref, el contacto con los jóvenes eslavófilos como Konstantin Aksakof, y con el viejo P. A. Tschadaev (1796-1856) y muchos otros sucesos darían suficiente material para descripciones de detalle. Realmente ese tiempo ha sido para Bakunin un tiempo de espera con frecuencia muy penoso, pues los medios para su fin, — el viaje a una universidad extranjera, — no serían dados por su padre o no podrían ser dados y otras esperanzas de obtener



tró, según el deseo de los padres, la hacienda de la familia, donde vivían también sus hermanas solteras que cayeron en la religiosidad, una revolución en que ha debido influir su hermano Ivan, oficial muerto en el Cáucaso en la década 1820-30. Tan sólo a los cuarenta años se enamoró de una joven de la familia de los Muraviev, Bárbara Alexandrova, una muchacha, muy cortejada por la juventud, y que convirtió pronto en madre de once hijos, entre ellos uno muerto prematuramente, nacidos desde 1811 a 1824. Primeramente nacieron las hijas Lyuba (el 1811) y Bárbara (el 1812), después Miguel Bakunin (1814), y después las hijas Tatiana (1815) y Alejandra (1816) y finalmente cinco hijos varones (1818-23); y una muchacha muerta a los dos años de edad. Esa gran familia vivió la mayor parte del tiempo en Pryamuchino visitando temporalmente Tver y Moscú hasta que el período de los estudios o del casamiento, y en el caso de la hermana mayor, una temprana muerte, rompieron el círculo familiar; los padres, en especial el padre, que se había vuelto

el propósito firmemente mantenido no se comaron. Tenía ya 26 años cuando dejó a Rusia; había comenzado a temer que se "empantaría poco a poco espiritualmente". Probablemente aquellos años le beneficiaron moralmente, al aprender entonces por un ejercicio consciente a utilizar con brillo, dialécticamente, su capital filosófico aún muy reducido, y al presentarse a las nuevas impresiones del extranjero mucho más maduro de lo que habría podido estar en 1836; así evitó el volver a incurrir exclusivamente en el constreñimiento de una doctrina, como le había ocurrido con Fichte y Hegel en 1835. Halló también, felizmente, que la evolución de la filosofía radical y del socialismo procedió, justamente en los años que siguieron a 1840, con pasos rápidos, mientras que el período de 1836 a 1840 era un tiempo de epígonos aún, en que se habría paso lo nuevo. En una palabra, también en esto, como hasta entonces en su vida, le favorecieron las circunstancias.

Las circunstancias y fecha de su viaje están con detalles en su conocida carta a Herzen (Tver, 20 de abril de 1840), que finalmente le prestó algo de dinero para su viaje a su paso (Tver, 29 de mayo) y a su partida de Petersburgo por Lübeck a Berlín, el 29 de junio (11 de julio) de 1840.

Max Nettlau

(Continuará)

Un poco de teoría

La revuelta ruga por todas partes; aquí es la expresión de una idea, allí el resultado de una necesidad; más a menudo la consecuencia del entrelazamiento de las necesidades y de las ideas que se engendran y se refuerzan recíprocamente. Se refiere a las causas del mal o se detiene al margen, es consciente o instintiva, es humana o brutal, generosa o estrechamente egoísta, pero crece y se extiende por todas partes.

Es la historia que avanza; inútil quejarse contra las vías que elige, pues esas vías han sido trazadas por toda la evolución anterior.

Pero la historia es hecha por los hombres; y puesto que no queremos permanecer como espectadores indiferentes y pasivos de la tragedia histórica, puesto que queremos concurrir con todas nuestras fuerzas a determinar los acontecimientos que nos parecen más favorables a nuestra causa, nos hace falta un criterio para guiarnos en la apreciación de los hechos que se producen, y, sobre todo, para escoger el puesto que debemos ocupar en el combate.

El fin justifica los medios. Se ha meditado bien en esa máxima. En realidad es la guía universal de la conducta.

Se podría decir más: todo fin implica su medio. La moral hay que buscarla en el fin; el medio es fatal.

Dado el fin que uno se propone, por voluntad o por necesidad, el gran problema de la vida es encontrar el medio que según las circunstancias, conduce más segura y económicamente al fin ambicionado. De la manera como se resuelva ese problema depende, en tanto que puede depender de la voluntad humana, que un hombre o un partido llegue o no a su fin, que sea útil a su causa o sirva, sin quererlo, a la causa enemiga. Haber encontrado el buen medio, es todo el secreto de los grandes hombres y de los grandes partidos, que han dejado sus rasgos en la historia.

El fin de los jesuitas es, para los místicos, la gloria de Dios; para los otros, la potencia de la compañía. Deben, pues, tratar de embrutecer las masas, aterrorizarlas, someterlas.

El fin de los jacobinos y de todos los partidos autoritarios, que se creen en posesión de la verdad absoluta, es imponer sus ideas a la masa de los profanos y de fijar la humanidad sobre el hecho de Proceso de sus concepciones.

En cuanto a nosotros, es otra cosa: nuestro fin es muy diferente, por consiguiente deben ser muy diferentes nuestros medios.

Nosotros no luchamos para ponernos en lugar de los explotadores y opresores

de hoy, y no luchamos tampoco por el triunfo de una abstracción. No somos como aquel patriota que decía: "¿Qué importa que todos los italianos revienten de hambre siempre que Italia sea grande y gloriosa?". Ni tampoco como aquel camarada que confesaba que le sería igual masacar tres cuartas partes de los hombres siempre que la humanidad fuera libre y feliz.

Nosotros queremos la felicidad de los hombres, de todos los hombres, sin excepción. Queremos que cada ser humano pueda desarrollarse y vivir lo más dichosamente posible. Y creemos que esa libertad y esa dicha no pueden ser dadas a los hombres por un hombre o un partido, sino que todos los hombres deben descubrir por sí mismos sus condiciones y conquistarlas. Creemos que sólo la más completa aplicación del principio de la solidaridad puede destruir la lucha, la opresión y la explotación y que la solidaridad no puede ser más que el resultado del libre acuerdo, la armonización espontánea y querida de los intereses.

Para nosotros, todo lo que trata de destruir la opresión económica y política, todo lo que sirve para elevar el nivel moral e intelectual de los hombres, para darles la conciencia de sus derechos y de sus fuerzas y para persuadirles a que hagan sus asuntos por sí mismos, todo lo que provoca el odio a la opresión y el amor a los hombres, nos aproxima a nuestro fin y, por consiguiente, es bien — sujeto solamente a un cálculo cuantitativo para obtener con fuerzas dadas el máximo de efecto útil. Y, al contrario, es mal, porque está en contradicción con el fin, todo lo que tiende a conservar el estado actual, todo lo que tiende a sacrificar, contra su voluntad, un hombre al triunfo de un principio.

Queremos el triunfo de la libertad y del amor.

¿Pero renunciaremos por eso al empleo de los medios violentos? De ningún modo. Nuestros medios son los que las circunstancias nos permiten o nos imponen.

Ciertamente, nosotros no quiséramos tocar un cabello a nadie; quiséramos secar todas las lágrimas y no hacer verter ninguna. Pero nos es necesario luchar en el mundo tal como es, bajo pena de permanecer soñadores estériles.

Vendrá el día, lo creemos firmemente, en que será posible hacer el bien a los hombres sin hacer mal ni a sí ni a los demás. Hoy no es posible. Aún el más puro y el más dulce de los mártires, el que se hiciera arrastrar al cadalso por el triunfo del bien, sin resistencia, bendiciendo a sus perseguidores, como el Cristo de la leyenda, ese mismo causaría aún mucho mal. Además del mal que se haría a sí mismo, lo que debe tenerse en cuenta, haría verter lágrimas amargas a todos los que le aman.

Se trata, por tanto, siempre, en todos los actos de la vida, de elegir el menor mal, de tratar de hacer el menor mal para la mayor suma posible de bien.

La humanidad se arrastra penosamente bajo el peso de la opresión política y económica; es embrutecida, degenerada, muerta (y no siempre lentamente) por la miseria, la esclavitud, la ignorancia y sus resultantes.

Para la defensa de ese estado de cosas existen poderosas organizaciones militares y políticas que responden con la prisión, el cadalso, la masacre a toda tentativa seria de cambio. No hay medios pacíficos, legales para salir de esta situación; y, es natural, porque la ley es hecha expresamente por los privilegiados para defender los privilegios. Contra la fuerza física que nos obstaculiza el camino, no hay más que apelar a la fuerza física, no hay más que la revolución violenta.

Evidentemente, la revolución producirá muchas desgracias, muchos sufrimientos; pero si produce cien veces más sería todavía una bendición relativamente a lo que se sufre hoy.

Se sabe que en una sola gran batalla se mata más gente que en la más sangrienta de las revoluciones; se sabe los millones de niños que mueren a una edad baja cada año, por falta de atenciones; se sabe los millones de proletarios que mueren prematuramente del mal de la miseria; se sabe la vida raquítica, sin alegría y sin esperanza, que lleva la inmensa mayoría de los hombres; se sabe que hasta los más ricos y los más poderosos son menos felices de lo que po-

drían serlo en una sociedad de iguales; y se sabe que este estado de cosas dura desde hace un tiempo inmemorial. Durará infinitamente sin la revolución, mientras que una sola revolución que atacara resueltamente las causas del mal, podría llevar para siempre a la humanidad por la vía de la dicha.

Venga, pues, la revolución; cada día que tarda es una masa enorme de sufrimientos infligidos a los hombres. Trabajemos para que venga pronto y sea tal como es necesario que sea para acabar con toda opresión y toda explotación.

Es por amor a los hombres que somos revolucionarios: no es culpa nuestra si la historia nos ha impuesto esa dolorosa necesidad.

Por consiguiente, para nosotros los anarquistas, o al menos (puesto que al fin las palabras no son más que convenciones) para aquellos de entre los anarquistas que ven las cosas como nosotros, todo acto de propaganda o de realización, por la palabra o por el hecho, individual o colectivo, es bien cuando sirve para aproximar y facilitar la revolución, cuando sirve para asegurar a la revolución el concurso consciente de las masas y para darles ese carácter de liberación universal, sin el cual se podrá tener bien una revolución, pero no la revolución que nosotros deseamos. Y es, sobre todo, en el hecho de la revolución, donde hay que tener en cuenta el principio del medio más económico, porque aquí el gasto se totaliza en vidas humanas.

Conocemos bastante las horrosas condiciones materiales y morales en que se encuentra el proletariado para no explícarnos los actos de odio, de venganza y hasta de ferocidad que podrán producirse. Comprendemos que hay oprimidos que, habiendo sido siempre tratados por los burgueses con la más innoble dureza, habiendo visto siempre que todo era permitido a los más fuertes, se dicen: "Hagamos como los burgueses". Comprende-

mos que puede ocurrir que en la fiebre de la batalla, las naturalezas originariamente generosas, pero no preparadas por una larga gimnasia moral, muy difícil en las condiciones presentes, pierden de vista el fin a conquistar, toman la violencia como fin en sí y se dejan arrastrar a transportes salvajes.

Pero una cosa es comprender y perdonar, otra cosa es reivindicar. Esos no son actos que podemos aceptar, animar, imitar. Debemos ser resueltos y enérgicos, pero no debémos tratar de sobrepasar el límite marcado por la necesidad. Debemos hacer como el cirujano que corta cuando es preciso, pero que evita infligir inútiles sufrimientos; en una palabra: debemos estar inspirados por el sentimiento del amor a los hombres, a todos los hombres.

Nos parece que ese sentimiento de amor sea el fondo moral, el alma de nuestro programa; nos parece que sólo conociendo la revolución como el gran jubileo humano, como la liberación y la fraternización de todos los hombres, a cualquier clase o partido a que hayan pertenecido, podrá realizarse nuestro ideal.

La revuelta brutal se producirá ciertamente, y podrá servir para dar el gran golpe de gracia que debe quebrantar el sistema actual; pero si no encontrase el contrapeso de los revolucionarios que obran por un ideal, se devoraría a sí misma.

El odio no produce el amor; por el odio no se renueva el mundo. Y la revolución del odio, o fracasaría completamente, o bien culminaría en una nueva opresión, que podría llamarse muy bien anarquista, como se llama liberales a los gobiernos actuales, pero que no dejaría de ser una opresión ni de producir los efectos que produce toda opresión.

E. MALATESTA

(Del *En dehors*, 21 de agosto de 1892)

Evolución del movimiento obrero en Alemania Bajo la ley contra los socialistas (1878-1890)

La ley contra las aspiraciones antisociales de la social democracia entró en vigor el 21 de octubre de 1878; el 23 del mismo mes fueron disueltas la federación de los tabaqueros y de los herreros, el 25 la de los obreros en vidrio, la de los tapiceros y afines y los constructores de carruajes; el 26 la cooperativa industrial metalúrgica; el 28 el sindicato de carpinteros, la federación de carpinteros y afines, y la sociedad de alfareros; el 29 la sociedad general de sastres; el 4 de noviembre el sindicato de zapateros y anexos; el 6 la federación de pintores; el 16 la sociedad industrial de obreros plateros; el 10 de diciembre el sindicato de obreros de la manufactura; el 18 la federación de encuadernadores; el 5 de marzo de 1879 la federación de tipógrafos, que se había disuelto por sí misma a mediados de noviembre de 1878. La orden de disolución fué extendida a todos los periódicos sindicales y a las organizaciones de socorros mutuos dirigidas por algunos sindicatos; aun las organizaciones obreras políticamente neutrales sucumbieron; del partido socialdemócrata no hay que hablar; era principalmente contra el movimiento por el representante, contra quien se dirigió la ley de excepción. El terror policial fué puesto a la orden del día y todos los individuos algo conocidos por su participación en el movimiento obrero y socialista, quedaron a merced de la arbitrariedad de la policía y de los jueces; centenares de militantes fueron deportados o huyeron al extranjero; comenzaron los innumerables procesos por injurias a su majestad, en lo cual la palabra más inofensiva era interpretada a gusto de los servidores de Bismarck; las reuniones fueron, por mucho tiempo, totalmente prohibidas y perseguidas; además se recurrió al estado de sitio parcial; en noviembre de 1878 debieron abandonar Berlín 67 de los militantes socialistas más conocidos. Los jefes socialdemócratas intentaron demostrar con todo los medios pacíficos su reconocimiento y su acatamiento voluntario de la ley; a fin de amenguar el furor de las persecuciones, pero fué en vano; todas las recomendaciones de los jefes del partido socialdemócrata tendientes a evitar todo motivo de agresión gubernativa, fueron inútiles; Bismarck procedió hasta donde pudo; el famoso movimiento socialista quedó deshecho, en primer lugar a causa de la actitud cobard de sus jefes y de su domesticación infinita del espíritu de las masas.

Los primeros años de la ley contra los socialistas son característicos por el espíritu de terror que dominó en Alemania; la delación estuvo a la orden del día y fué considerada como un deber cívico; la policía hizo los mayores esfuerzos por introducir sus agentes en todas las reuniones, aun en las más inocentes. Y junto a la represión gubernativa, la dirección del partido socialdemócrata y su fracción parlamentaria sofocaban todo espíritu de rebeldía en las masas y en los individuos; solo habría que recordar la guerra hecha a Most y a la *Freiheit*, que procuraron mantener en alto contra la reacción la bandera de las ideas.

Los procesos por difusión de escritos prohibidos son numerosísimos en ese período de leyes de excepción, y las maquinaciones de la policía prusiana se hicieron famosas.

Los jefes del partido socialista alemán lucharon mucho más en el período de reacción contra Most y sus partidarios,

rios que
ues-
ster-
ibos
tivo
gen-
spos-
y
pec-
flic-
osó-
a la
gen-
ente
en
no
sino
levi-
i, se
algún
sin
ntec-
diado
or la
aven-
a la
ne se
mas,
los
itud
ista-
has-
natu-
inci-
sólo
ú co-
a an-
odu-
rchó
gío a
encia
añan-
nten-
como
recto
o, y
Ba-
dad
triel-
z bi-
s, ab-
chte,
ning
elins-
ising
orito,
Stan-
miller,
y a
eco-
no no
or, —
a —;
a lec-
tra en
mpo;
había
en su
que
orte
de ha
a pri-
tirias
areció
ellas,
de la
ficar
es su
1835,
e for-
nana
Prya-
fin y
frente
ieran
ocidos
era la
que
ntimo
en los
1840,
Hegel,
conce-
as pa-
s con
ris con
radi-
ezen y
salavó-
con el
y mu-
mate-
Real
kunitz
a muy
in. —
ra, —
podrían
otener

que contra Bismarck, como si el enemigo fuera aquél y no éste; toda la correspondencia privada de los magnates de la socialdemocracia en aquella época está impregnada por el sello de esa lucha contra el peligro de la radicalización del movimiento; Most predicaba ya la ineficacia y la nocividad del parlamentarismo y progresaba constantemente en el sentido del anarquismo; la *Freiheit* era muy leída y existía la amenaza de un pronunciamiento de los adeptos de la socialdemocracia, en favor de la tendencia de Most; eso hubiera significado la pérdida de la carrera que entrevían tantos jefes obreros y socialdemócratas en la acción parlamentaria en nombre de los trabajadores. Sin embargo la situación bajo las leyes bismarckianas de excepción, era tal que los "medios legales" recomendados en los estatutos del partido, constituían un escarnio, y el congreso de Wyden, Suiza, en 1880, resolvió borrar esas dos palabras, pero no por convicción interna de que los "medios legales" no son medios revolucionarios, sino porque la policía prusiana no permitía la acción legal de los socialdemócratas; éstos, para hacer competencia a Most, resolvieron la publicación en Zurich del órgano *Der Sozialdemokrat*, cuya distribución en Alemania, debía realizarse clandestinamente.

No obstante la reacción, los socialdemócratas recibieron en las elecciones de 1881 no menos de 312.000 votos; en las de 1884 no menos de medio millón; en 1887 más de 750.000 y en 1890 casi un millón y medio.

En el movimiento obrero las leyes de excepción despertaron el espíritu combativo y el amor a la organización; espíritu combativo y amor a la organización que fueron sofocados por la fracción parlamentaria del partido socialdemócrata todo lo posible. Durante todo el tiempo de la ley contra los socialistas se hicieron repetidos ensayos de organización obrera, tratando de burlar las leyes; comenzaron a reaparecer periódicos gratuitos, como el de los tabaqueros, el de los carpinteros, el de los tipógrafos, etc. A pesar de que no se discutieran en ellos los problemas sociales y revolucionarios, esos periódicos mantenían los lazos morales de la corporación gremial disuelta. Otra de las formas de organización que surgieron entonces fueron las sociedades obreras de socorros, sin carácter gremial, pero que tuvieron la misión de conservar el contacto de los trabajadores de los oficios respectivos. El carácter draconiano de las persecuciones no impidió que estallaran numerosas huelgas aunque de carácter local y con pocos participantes; los movimientos más notables de ese período, son los de los albañiles de Berlín, en 1885 en que tomaron parte 12.000 obreros, y la huelga de 1889 de los mineros del Rhin en que participaron unos 100.000 trabajadores.

Como las organizaciones estaban siempre en peligro, se formaron comisiones de salarios, compuestas por obreros que tenían la misión de negociar con los empresarios; esas comisiones constituían en realidad comisiones de sindicatos imperceptibles; dos o tres años después de entrarse en vigor la ley contra los socialistas, el movimiento gremial supo reorganizarse y continuar su labor de organización. En 1882 tuvieron lugar reuniones de delegados de diversos oficios y de distintas localidades, para establecer relaciones regulares. Pero como las relaciones entre las sociedades de localidades diversas eran rigurosamente prohibidas, surgió la idea en una parte de los trabajadores de establecer solo organizaciones locales y de mantener relaciones entre sí,

no por medio de comisiones centrales, sino por medio de delegados.

En 1888 se reinició un nuevo ataque del gobierno; el ministro del interior, von Puttakamer, dictó una ley sobre las huelgas tratando de poner dificultades insuperables a su desenvolvimiento; volvieron a disolverse muchas de las organizaciones que se habían constituido, las reuniones fueron nuevamente obstaculizadas; por todas partes veían las autoridades influencias socialistas. Pero eso no impidió que los 50.000 obreros organizados al dictarse la ley contra los socialistas, ascendieran a unos 250.000 en 1890 cuando fué derogada. Eso demuestra que la reacción es sólo hasta un cierto punto un factor de muerte del movimiento obrero; en lo que se refiere a Alemania, el movimiento obrero revolucionario tiene que inculpar más a la socialdemocracia y al reformismo que a la represión prusiana las causas de su pobre expresión.

En ayuda de la ley contra los socialistas,

Bismarck intentó atraer a los trabajadores con las reformas sociales, reformas que se adelantaban a las peticiones de los socialdemócratas; además surgió un movimiento socialista cristiano encabezado por el predicador de la Corte, Stöcker, pero todo ello fracasó. Los trabajadores no se dejaron desviar de sus organizaciones de clase, aunque su independencia en ellas dejaba mucho que desear.

Bajo la ley contra los socialistas fermentaron dos movimientos de oposición a los magnates del partido socialdemócrata, el de los jóvenes contra los viejos, en el terreno político, y el de Kessler, o sea el de los localistas, en el terreno sindical; fueron esos gérmenes de rebelión los que llevaron a una parte de sus participantes hacia el anarquismo.

D. Abad de Santillan

La decoración del libro

¿Quién recuerda en nuestro ambiente artístico, el ensayo hecho por Canale con la revista "El Grabado"?

Se debió a un momento de fiebre y entusiasmo; luego, como todas las iniciativas que, en nuestro precario medio, surgen con incomparable fuerza en sus comienzos, se plegó sobre sí misma, para caer y nunca más levantarse. Fué como irisada columna de agua lanzada a los aires con extraordinaria fuerza, y destinada a fecundar todos los campos, porque su consecución por la senda emprendida habría servido para ennoblecer casi todas las manifestaciones gráficas ya en el libro, en la revista o en el diario, que aquí en esta tierra no siempre responden a los fines del arte y del buen gusto.

Un grupo de plásticos se habían propuesto ensayar sus fuerzas en el grabado en madera y, entre ellos, se hallaban dibujantes, pintores y escultores, que, por la disciplina técnica del oficio, hubieran podido hacer mucho y bueno. Pero el mo-

do que calca y roba a mansalva, sin emulación — Nobles son las imitaciones que anhelan el bien; aquellas que despertan nuestros instintos de belleza y nuestras ambiciones más nobles, las que acucian lo mejor que hay en nosotros, dándole libre vuelo a lo más prócer de nuestras facultades, esas, hay que acogerlas con albricias, porque son siempre los gérmenes sagrados de las más grandes cosas...

Sin embargo, esta revista "El Grabado" poco o nada dejó tras sí. Los ensayos hechos no tuvieron mayor valor. No hubo profundidad de propósitos y de conceptos, ni hubo esa obstinación heroica que, aun cuando todos nos gritan nuestro fracaso — y nos dicen, con deliciosas amabilidad, que somos unos bestias, nos hace proseguir por la ruta empuñada y no cesar hasta conseguir algún resultado por ínfimo que éste sea.

Por eso, la influencia que dicha publicación pudo ejercer en nuestro medio artístico, en el sentido de orientar la decoración y ornato de libros y revistas, fué



Grabado en madera "hors texte" de la suite musical "Les Folies Françaises" de Cospertin.—Dibujo de Maxime Dethomas; tallado e impreso por Leon Pichon.

vimiento careció de un concepto orientador, no tenía una clara conciencia de lo que se proponía hacer, y bien pronto dejó de existir en una lastimosa claudicación.

Es que el primer ímpetu fué provocado por la célebre — entre unos pocos — revista "La Heróica", que agitó las aguas estancadas de nuestro ambiente artístico. Paralela a la emoción que experimentaban, frente a esas grabadas aparentemente rudas pero hondas de acento, surgió la pregunta: ¿Por qué no hacemos nosotros algo lo mismo? Espíritu de imitación, diría; No; no la mera imitación

casi nula. Dejé, eso sí, la chispa prendida, la brasa oculta, en algunos muchachos, quienes, con más tiempo y serendad, se aplicaban luego a aprender el duro a, b, c, de la técnica del grabado y del aguafuerte, alcanzando resultados halagüeños, que me acusan, empero, sino en raras cosas; al una fuerte predominio ni una marcada predisposición hacia este género de manifestaciones plásticas, tan jugosas por el saber mismo que les presta la materia.

Y, sin embargo, ¿habrá propósito más bello y de más aliento que el de ennoblecer y realizar la obra escrita?

Hay quien supone entre nosotros que es oficio subalterno, menester de poca monta para un pintor, éste de ilustrar libros. Y, en el afán de someter a un escalafón jerárquico todas las tareas, humillando y vilipendiando unas y exaltando y ensalzando otras, se incurre, sin querer, en un nombramiento absurdo. Entre nuestros artistas existen algunos que, siendo mediocres o malos pintores, podrían — aplicándose — exceder en la ilustración y ser exímios decoradores de libros. Claro está que, para llegar a estos resultados, no deberían considerar la decoración y el ornato como un "arte menor", sino como un arte mayor y de los mayores. Para ello tiene una vocación y ama un determinado arte, no existe otra manifestación artística más grande, más bella y más incommensurable que la suya. Y así debe ser.

Leonardo da Vinci, por su parte, incurrió en la plausible y disculpable exageración de manifestar un abierto desdén por todo lo que no fuera su arte. A propósito de la escultura, decía que era un arte inferior por lo que tenía de sucio y manual, mientras proclamaba la pintura como el "summum" de las artes, como algo aristocrático y casi divino. No cabe duda que, dentro de lo proteico de la naturaleza de Leonardo, era esencialmente pintor, como lo demostró con la Gioconda. De ahí sus preferencias; aunque no está de más recordar que algunas esculturas que llevara a término, según las noticias llegadas hasta nosotros, nada tenían que envidiarle a las mejores de todos los tiempos.

Solamente así, con ese amor unilateral y esa fe, es como se puede descollar en cualquier cosa que uno se ponga. Será entonces ridículo afirmar que la música es superior a las demás artes, pero el músico nato no podrá, por idiosincrasia y especial conformación fisiológica, decir y afirmar otra cosa. Lo mismo sucederá con un pintor, un escultor o un caricaturista: su arte es y debe ser la primera.

Juzgado luego este asunto con diferente criterio, todos sabemos muy bien que, entre las diferentes manifestaciones artísticas, no hay superioridad ninguna de una sobre las otras, llegando todas al mismo resultado: la emoción estética. Un Beethoven pinta, esculpe y escribe, filosofa, ama y odia, sin dejar de ser esencialmente un músico. Nunca invade el dominio de las demás artes. Y este ejemplo lo hallaremos en todos los demás grandes genios, desde Shakespeare hasta Tolstoy.

Pero por prejuicios y vanidades extrañas, hay seres que se traicionan a ellos mismos en lo que tienen de más íntimo: su vocación. Desprecian en ellos lo que es accesible y fácil, para aspirar a lo inaccesible y vedado. ¡Eterno desequilibrio humano!

Para reforzar nuestro aserto, citaremos el ejemplo de un amigo, discreto pintor, pero mucho más original como caricaturista y como viñetista.

Pues bien, nuestro amigo no sólo rehuye, esquivo y hasta amordaza su vocación, sino que se niega a dar la menor muestra de sus especiales talentos, por temor que se diga de él — lo que es cierto e irrefutable — que es mejor caricaturista o ilustrador que pintor. Y vegeta en la mediocridad más desesperante, trabajando de "manera", desorientado, sin saber qué hacer, simplemente por no entregarse a lo que, en él, es fácil y natural.

Este prejuicio puede parecer inverosímilmente estúpido; sin embargo, no siempre somos los mejores jueces de nuestras facultades.

También es cierto que el público es absurdamente rutinario. Cuando alguien se presenta ante él como caricaturista, lo es para toda la vida. Uno de los casos más típicos fué el de Daumier. Célebre como dibujante y como caricaturista, el gran público, los grandes críticos y etc., nunca quisieron reconocerle sus excepcionales dotes de pintor, no obstante que todos los días las estaban admirando en sus agudezas, en sus litografías y en sus dibujos. Más hoy, ¿quién le disputa uno le los primeros puestos entre los pintores? Es el maestro de los maestros. Es el artista más profundamente plástico y también el más profundamente humano. Todo el arte moderno francés arranca de Daumier. En él encontramos a Carrière con su visión democrática del arte y sus juegos sombríos de luz; encontramos a Degas, con sus escenas amargas de la farándula; encontramos a Renoir con sus cuadros de multitudes demingueras y por último, hallaremos también a Cézanne con

su preocupación de los volúmenes y de la plasticidad. Y todo esto es la obra de un ilustrador, de un caricaturista que dibujaba en un Charivari cualquiera.

Debemos, pues, pensar que no hay tarea ruín, ni pequeña, ni desmedrada, cuando se la ejecuta con amor y pujanza. Por infinidad de caminos se va a la meca del arte y éste, el de la decoración del libro, de la revista o del periódico, no es de los menores. Talentos menores serán los que lo ejercen hoy, profesionalmente, ya que todos los aspectos de la actividad humana son susceptibles de lograr la sublimidad.



Xilografía de "Gargantúa" por Hermann Paul. Ed. por Leon Pichon

Estos mismos grabados que se publican en esta página, dan una ligera idea de lo que puede llegar a ser la decoración del libro.

Esto es una ligera demostración de lo que se está haciendo en el extranjero, principalmente en Francia, donde la "gravure sur bois originale" ha adquirido una gran boga, llegando a la plenitud del desarrollo.

¿Estaría mal decir que mucho nos alegráramos verlo imitado por nuestros artistas?

Pero no recurriendo al fac-simil, con dibujos a tinta o a lápiz, sino practicándolo seriamente como una gran arte en la cual no caben los diletantismos.

Reconozcamos que en este sentido ya se ha empezado a manifestar algo, que merece todo nuestro respeto y admiración. Pero son casos esporádicos y aislados.

La segunda exhibición organizada por la "Société de la Gravure sur bois originale" en el Museo de las Artes decorativas en París, fué extraordinariamente interesante. En los trabajos presentados se tenía en cuenta todos los aspectos que ofrece el grabado: la técnica, la concepción decorativa, la plasticidad de la materia y ese acento de energía rusticidad que es uno de sus mayores encantos. Uno de los expositores que más se distinguieron por su copiosa contribución, fué M. León Pichon "imprimeur, éditeur et graveur", títulos a los cuales tiene perfectos derechos, pues M. Pichon domina todas las técnicas de esas artes con una maestría rara en estos tiempos de "practicoones".

"Por otra parte — dice "The Studio" — si hay un reproche que no se le puede hacer a los producciones de M. Pichon, es el de que hayan sido confeccionadas con apresuramiento, con descuido, o con los defectos propios de toda improvisación. Hasta en el más infimo detalle de estos libros de arte se evidencia el mismo cuidado escrupuloso por la lógica y la más inaccesible perfección".

¡Inaccesible perfección! ¡Cómo este concepto y esta aspiración puede divinizar la existencia más oscura de un artista, engolfado en la más humilde de las tareas!

Orar y trabajar — cuando se ama el trabajo — es la misma cosa. Procuremos, entonces, que todos los momentos de nuestra vida sean una continua piegaria productiva y fecunda para los demás hombres. No hay ideal más alto que el de aspirar a ser nobles y bellos por el mero placer de serlo, y esforzarse desinteresadamente en tornar nobles y bellas todas las cosas que nos rodean.

Y es lástima que aquí no haya imprentas, ni editores, ni artistas, ni escritores, ni público que anhelan ardentemente esta dignificación del ornato del libro.



Grabado en madera que sirve de encabezamiento a "Les plus jolies roses de l'Anthologie grecque" por Carleige. (Editado por León Pichon)

¡Si siquiera a nuestros ganaderos les diese por hacer decorar artísticamente los albums de sus campeones Shortorn, Aberdeen Angus y Durham que envían al extranjero! Pero el gusto de nuestros ganaderos, en materia de estética, no es el más recomendable. Nuestra burguesía está tan lejos, dista tanto de la burguesía de los Médicis que no cabe pensar sino en el pueblo con todas nuestras fuerzas.

Damos aquí una lista de las obras editadas por Mr. Pichon, por si alguien, más afortunado que nosotros, puede adquirirlas:

"Dafnis y Cloe", "Odeón en son honneur", de Verlaine; "Les plus jolies roses de l'Anthologie grecque", ilustrado por Carleige; "Les folles françaises", decoradas por Dethomas; "Balade Geole de Reading", Oscar Wilde, decorada por D'Aragnes.

At.

LAS MANOS

Cesaron de ignorarse, y se movieron en busca una de otra, por entre las batistas agitadas, arrastrándose hacia el deseo, profecía venida de lo alto. Los dedos masculinos, temblando de angustia, alcanzaron por fin, resbalando en un débil tumulto de caricias inciertas como un aliento oprimido. La mano de la hembra, bajo aquella voluptuosidad insuperable, iba desdoblándose, encogándose, hasta cerrarse en el cáliz temprano de una magnolia.

De repente el eterno grupo trágico: garras hambrientas, músculos velludos de pirata que estrujan un corazón arrancado y confusas alas prisioneras. La piel sutil de la muñeca frágil, cede como un pétalo; los suaves dedos vencidos se abren, y en la palma tibia, pálida, húmeda aún, late la vida.

RAFAEL BARRET

FLORIDA



Bella calle Florida, barrio de ostentación, del chic y del boato lujoso. exposición. Aquí vienen las niñas a lucir sus adornos y los viejos lascivos a observar los contornos de la mujer que pasa, carne de tentación, tras la que van los ojos ardiendo de pasión.

Los chicos elegantes de cintura de avispa y palabra atiplada que repugna y que crispa, colorrean chiltones en todas las esquinas con gestos de cocottes y risas femeninas.

Altivas, soberanas, perfumando el ambiente, y a su paso escuchando el pirope insolente, con leve taconeo y graciosa arrogancia, —portueñas, españolas, hijas de Italia o Francia,— desfilan las bellidas. Tras ellas van las viejas, igual que las pastoras detrás de las ovejas...

Varios hombres seniles de caminar pausado —cansas, lentes, polainas y abdomen adultado,— discuten importantes problemas de política, haciendo en alta voz su despiadada crítica, que, sátiros, suspenden; si la atención reclama, el desmedido escote de una ligera dama, de moza casadera el diminuto pie, o el muslo bien marcado que la falda entrevé.

Pasan los militares luciendo el uniforme y algún pintor inédito con su chambergo enorme. En tal o cual corrillo, formado en una puerta, se lanza la calumnia, que va, rápida y cierta, entre risas festivas y una frase galana, a clavar su aguijón en la homa de Fulana.

Las tiendas iluminan sus doradas vidrieras, tormento de viudas, casadas y solteras. Muestran las joyerías aderezos preciosos, oro, gemas, platino — terror de los esposos.. Florida como un foco de fastuosidad arde.. Los diáceros gritan las hojas de la tarde. Se conversa de football, de modas y carreras. Tras de los mostradores suspiran los horteras. La calle está plébrica de luz y de bullicio. En cada escaparate hay un llamado al vicio. Hormigüea la gente junto a las joyerías. Uno que otro curioso van a las librerías. Provincianos sencillos, humildes inmigrantes, que véis éste desfile con ojos asombrados, citvidiando los dientes de marfil y los rizos, las perlas, los brillantes, como garbanzos gruesos, que fulgen cual estrellas y valen veinte pesos! el vestido costoso de alguna señorona que a lo mejor no pasa de ser una dueña, y el auto deslumbrante con lacayo y chauffeur que a veces resulta un auto de alquiler; hombres, mujeres, niñas, que en el pueblo lejano recordáis con tristeza este bullicio mundano, encontrando enervante la provinciana vida, después de aquel paseo que disteis por Florida, sabed que en esa calle de las gentes ociosas, donde todo se exhibe, mujeres, hombres, cosas, donde en sedas y joyas se invierten capitales y son más inhumanas las distancias sociales, se rinde culto al duro decorro del millón, y sobra fantasía y falta corazón.

LUIS SANCHEZ ABAL

Psicología del gobernante

En cierto modo, todo poderoso espíritu que se mueva en lo actual realiza obra política. Entendemos, no obstante, por político, como es uso común, a los artifices específicos de la política: a los gobernantes.

En algún momento ha llegado a confundirse la función del político con la del filósofo o la del apóstol. Hoy claramente se percibe como ese criterio ha sido producto de un error de visibilidad histórica. Los apóstoles, que enflambrados por un ideal evangelizan de él a las multitudes no pueden ser políticos; el gobernar es arte que depende de facultades y nociones en un todo ajenas al apostolado. Los filósofos, que alumbran las doctrinas y alimentan de ideas a los hombres de acción, no pueden ser políticos tampoco: gobernar, substancialmente, es compartir con las muchedumbres; los más fieros tiranos están a tono con sus súbditos; los pensadores suelen ser incompatibles con los pueblos. El político es hoy de juro — y en mi opinión siempre lo ha sido — un profesional que realiza sistemas de gobernanación como se ejecutan temas de antemano propuestos a una actividad técnica por una voluntad supraordinaria. La formulación de temas será acaso algún día la función pública de los filósofos; hoy es obra de la realidad, producto del imperio de los hechos fatales.

Esquemáticamente puede decirse que los políticos se ofrecen a la cotización: los unos, en subasta de energía, para consolidar desde el poder intereses creados; los otros, en puja de audacia, para destruir contra el poder esos mismos intereses a nombre de otros preteridos; algunos en licitación de sutileza, para transigir el pleito aplazando el dolor de la lucha.

Motivos de temperamento y de mútua concurrencia determinan la postura; son las aficiones y no las convicciones, las tradiciones y no las opiniones, lo que decide del campo; en el mejor caso — y ya estoy dudando de sí es ciertamente el mejor — convicciones y opiniones se forman después. Pero en todo político ellas no estorban nunca las acciones; aquellos que por ventura hacen de sus ideas esqueleto de sus actos son motejados de anticuados e inocentemente metafísicos. Y no son anticuados, porque la política ha sido siempre inconvicta y concreta; pero tampoco son políticos; y por eso fracasan.

Dentro de su margen de acción, el político ejerce su arte: primero, eligiendo el tema que acierte a contener la mayor actualidad, esto es, el que pueda conmover en mayor grado a las fuerzas sociales más enérgicas; luego, desarrollando ese tema del modo más adecuado a conseguir la adhesión de los más fuertes, y, por lo tanto, la mayor cantidad de poder.

El poder, el imperio, la fuerza: tal es el fin del político. La política pudiera definirse: arte de someter, en tiempo y lugar dados, a la mayor fuerza social posible, la mayor porción posible de humanidad. El político histórico, estrictamente realista — estrictamente inmoral — no es preceptor del derecho, sino bautista del hecho. Y la política no es un arte de paz, que obra tendiendo a conformar la vida de las gentes a una pura justicia, determinada filosóficamente: es un arte de guerra, que aprovecha la ardidum:

bre de los hechos fatales en el mayor provecho de unos y perjuicio de otros.

¿Qué consecuencias introspectivas aporta la conformación del hombre al oficio?

— La vida social se ha engendrado hasta hoy por modo superior a nuestra voluntad y aún a nuestro conocimiento; los acontecimientos son superiores a los hombres. Los políticos van sempiternamente a la zaga de los hechos, y de ellos dependen estrecha, servilmente: los políticos, pues, son estrecha y servilmente realistas; pierden toda visión de síntesis, todo poder de vasta idealidad; son inteligencias de corto radio y de bajo vuelo. Los gobernantes célebres a quienes se atribuye designios de alta mira, ¿los tuvieron realmente o se los han descubiertos (a posteriori) los filósofos de la historia?

Con no menos esclavizante vinculación, los políticos dependen de los hombres. No es esta dependencia privativa de los regimenes democráticos: en la entraña de toda acción política hay un nervio esencial: la intriga; yo estimo que su mayor extensión antes de para el político causa de una mayor autonomía que no agravamiento de su dependencia. Dependiendo servilmente de la opinión ajena, los políticos son necesariamente mendaces: la mentira, la falacia, el disimulo se imponen a su espíritu como su natural investidura; el maquiavelismo no es

un sistema de política, es una biología del hecho político. Avezado a encarnarse en falsedad, el espíritu de los gobernantes llega a ser falso para consigo mismo.

Por virtud de esa doble servidumbre, el político se encuentra en la imposibilidad de enterarse del fondo rítmico, sereno de las cosas; imposibilidad que fácilmente se remacha en incapacidad al correr de los tiempos.

Y como último fruto de todo ello, se da en cada político una profunda ineptitud ideativa, pensadora; fecundos en arbitrios, estériles en concepciones, arrastran por el mundo maneras — a veces sugestivas — de ser, que en la realidad sólo son maneras de no ser, puesto que esconden una segura insustancialidad interior, una grave carencia de persona propia.

Su persona propia la han dispersado, la han vendido. En la ilusión del goce del poder y del renombre han disipado su íntima esencia: señores de los pueblos, esclavos del hecho cotidiano, presas de la fatal obligación de gustar a los hombres. Ya sólo son barómetros del querer ajeno.

Hay en estas almas una profunda similitud de historia, de servidumbre y de deformación, con las pobres almas de las cortesanas.

ALFREDO NISTAL

CIENCIAS

Psicología integral

LA COBARDIA

La cobardía pertenece a la clase de miedos que se pueden clasificar entre los miedos de la voluntad, porque consiste en la abdicación de la energía del espíritu ante el miedo.

Para comprender nuestro punto de vista es necesario distinguir entre el miedo, que es una emoción, y la cobardía que es la derrota de la voluntad por el miedo.

El miedo, como emoción, es instintivo en el ser humano: es una de las formas que reviste el instinto de conservación. En virtud de éste, los seres vivientes tratan de suprimir todo lo que puede causarles daño, se defienden de los peligros, ya evitándolos mediante la huida, como en el miedo no dominado o cobardía, ya atacando el ser u objeto peligroso, como en la cólera, forma ofensiva del instinto de conservación.

Siendo el miedo una emoción instintiva, todas las gentes lo han sentido, alguna vez, en alguna forma, y quienes afirman lo contrario o son seres excepcionales o fanfarrones y mentirosos. Si bastara, pues, tener miedo para apelar a la fuga ante el peligro, no habría soldados que se dejan matar en las batallas, ni duelistas que se exponen a la muerte, ni tantos hombres que afrontan denodadamente todo género de peligros.

La emoción del miedo sola no basta para que el hombre huya del peligro; la fuga no es miedo sino cobardía; es el miedo, además, la voluntad que abdica de sus prerrogativas humanas y permite que el individuo resulte gobernado por sus emociones y sus instintos del momento.

Conoció es el caso histórico del célebre rey francés Enrique IV: al iniciarse las batallas, su cuerpo experimentaba la emoción del miedo, su rostro se ponía pálido, su piel fría, sus cabellos sudosos y sus músculos temblaban. Entonces espoleaba a su cabalgadura y arrojándose en medio del peligro, a la cabeza de sus tropas, exclamaba: "Esqueleto miserable, yo te haré temblar!"

Esta frase sublime es todo un curso de psicología integral; el cuerpo sufría con la emoción del miedo, porque los sentidos se espantaban con el peligro, pero la voluntad del célebre rey no abdicaba ante el miedo; al contrario, imponía su decisión, vencía al miedo y le daba su merecido a ese organismo inferior que deseaba huir del peligro, obligándolo a ex-

ponerse a los peligros más amenazadores y terribles. Esta grandeza de alma se llama valor.

No es valiente quien no tiene miedo, sino quien vence al miedo. Los seres orgánicamente valerosos que no sienten miedo, son muy raros. El hombre, consciente del peligro, el hombre inteligente que puede medir la gravedad y la inminencia de los peligros que lo amenazan, siente miedo. Y es natural que así ocurra, porque el miedo, por ser una emoción, es un reflejo psíquico, y como tal, surge súbitamente en el cuerpo ante la simple visión del peligro. Se ve un león junto a nosotros en un bosque, y se siente instantáneamente miedo. Pero este miedo puede o no vencer a nuestra voluntad: si la vence, echamos a correr abandonando a nuestros hijos, a nuestro padre y somos cobardes; en cambio si nuestra voluntad lucha con el miedo y no se deja derrotar, a pesar de lo que sentimos, tratamos de defender a los seres amados que se hallan en peligro y afrontamos la muerte por salvarlos, y somos, en este caso, valientes.

La cobardía, pues, es espiritual; el miedo es fisiológico. El cuerpo puede temblar, pero la voluntad puede realizar actos heroicos. Por eso hemos definido la cobardía como un miedo de la voluntad.

"El valor, escribe el doctor Descuret, en su obra "La medicina de las pasiones", lo mismo que los otros sentimientos, debe considerarse bajo el aspecto físico y bajo el aspecto moral; hay, por lo mismo, dos especies de valor.

"El valor físico, que consiste esencialmente en saber despreocuparse del peligro, no es un sentimiento natural, habitual que han llegado a contraer nuestros órganos. Desarrollase con la edad, con la frecuente repetición de la misma especie de luchas o riesgos; y se va perdiendo en el seno de la tranquilidad. Contribuyen sin duda a desarrollarlo momentáneamente la salud, la temperatura, los alimentos, la fuerza muscular, la energía de ciertas pasiones, la ventaja del número y de los lugares, la superioridad de las armas; pero lo que más directamente y con más energía lo aumenta es el hábito del ruido y de los riesgos.

"Consiste esencialmente el valor moral en el imperio que tiene el hombre sobre sus pasiones; y es producido por una educación intelectual que le ha proporcio-

nado moderación en sus deseos y el hábito de poner en armonía sus necesidades con sus deberes.

"Estas dos especies de valor en general no proceden: la una de la otra, como podría presumirse; se favorecen sí y se fortalecen mutuamente, pero la una no engendra la otra; la reunión de ambas constituye el valor verdadero. Este vigoroso temple del cuerpo y del ánimo hace al hombre tan superior a los riesgos que lo rodean como a las pasiones que lo asaltan."

Y Silvio Pellico, en su tratado "De los deberes de los hombres", escribe lo siguiente sobre el valor:

"¡Valor siempre! Sin valor no hay virtud. Valor para vencer tu egotismo y hacerte benéfico; valor para vencer tu pereza y proseguir tus buenos estudios; valor para defender, amparar a tus semejantes en todas las ocasiones; valor para resistir al mal ejemplo y a la burla injusta; valor para sufrir las enfermedades, las penas y angustias de toda clase, sin quejarse cobardemente; valor para aspirar a una perfección que no se puede alcanzar sobre la tierra, pero a la cual debemos, sin embargo, tender de continuo, si no queremos perder toda sabiduría de alma."

¿Pero de dónde sacar ese valor que aconseja Silvio Pellico? ¿Cuál es la fuente espiritual de donde mana esa energía viril que vence al miedo?

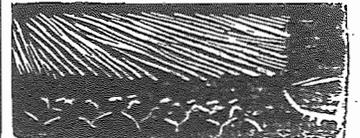
Si la cobardía es el miedo de la voluntad, el valor es el fruto de la resolución. Más la resolución, psicológicamente considerada, es uno de los momentos del proceso del acto voluntario, de modo que la voluntad es la fuente del valor.

¿Puede un hombre medroso llegar a dominar su miedo y salvarse de la cobardía? Si la cobardía es un desfallecimiento de la voluntad, la pregunta anterior equivale a esta otra: ¿es posible fortalecer una voluntad débil? Y en términos más amplios: ¿el carácter del hombre es modificable?

Para responder a la última pregunta necesitamos, antes, estudiar, con cierto detenimiento, la psicología de la voluntad y del acto voluntario.

RACSO.

Sobre teatro



Variaciones sobre el plagio

¿Es malo plagiar? Es esta una pregunta muy adecuada a nuestro ambiente teatral. Creemos que son muchos los autores, traductores, actores-autores y adaptadores que se habrán hecho este interrogante en más de un trance angustioso. Pues bien, se nos antoja que el plagio literario o teatral no es tan absurdamente horrible como algunos han dado en creer.

El plagiarlo, si es un hombre de buen gusto — y casi siempre lo es — es hasta simpático. Rodin, en unos reportajes inolvidables, enalteció al plagiarlo y dijo que era el hombre que comprendiendo el genio, lo hacía accesible a las masas. Por los innumerables plagiaros que liban en los cálides de ciertas flores bellas y monstruosas, es cómo las muchedumbres, luego, se atreven a hojear libros tan inauditos como "Las flores del mal" o "Las iluminaciones en las sombras", de Rimbaud.

Recordaba hace muy poco tiempo un crítico italiano, la boga que Baudelaire tuvo en Italia, y afirmaba valientemente que ella se debió, sobre todo, al "Canto del odio", de Stachetti, quien apoyándose resultantemente en un soneto célebre, del poeta francés, había italianizado esa poesía del horror y de la muerte. El público

os y el há- necesidades en-general ra, como po- si y se for- una no en- ambas cons- este vigoroso no hace al esos que lo es que lo

italiano difícilmente habría gustado esos sentimientos en el original. El licor era demasiado fuerte. En cambio, después de haber leído el vehemente canto de Stечetti, estaba preparado.

Lo singular del caso, es que no sólo se sirvió el poeta italiano de la idea engastada en ese soneto, sino que le robó al poeta versos enteros que fueron literalmente traducidos. Véase, por ejemplo, cómo comienza Baudelaire:

"Quand tu dormiras sous la terre [grasse]..."

Stechetti, por su parte: "Quando tu dormirai sotto la terra [grassa]..."

Como se ve, los versos son idénticos. Bueno, esto ya no puede caber en la categoría del plagio, sino del calco. La diferencia entre uno y otro es absolutamente capital.

En nuestro teatro criollo muchas veces se ha discurredo sobre los diversos plagios que autores felices cometieron sin mayor franqueza; pero creemos que la palabra fué muy mal empleada. Se trata de calcos, cuando no de inmundas calcomanías. Podríamos citar ejemplos, aunque demasiado sabemos que nadie se interesaría por ellos. Es que plagio significa esfuerzo, estudio, buen gusto y conocimientos que no todos tienen ni desean tener. Rodin, cierta vez discurrendo acerca de sus "Burgueses de Calais", afirmó que el movimiento que existía en toda la composición escultórica lo había imitado del "Embarquement pour Cythère" de Watteau.

La verdad de lo afirmado es de fácil comprobación. Basta ver el escalonamiento de los grupos en la tela y el escalonamiento de los personajes en la composición escultórica, para darse cuenta que la idea que los inspiró fué casi idéntica. Por otra parte, no hay duda que entre Rodin y nuestros autores teatrales, media un abismo. El primero fué humilde, nunca creyó en los emblecos de la inspiración, y sí en el estudio; no quiso ser más que un artesano y se apoyó en los antiguos, mientras los otros todo lo fían a sus extraordinarias facultades y a su más extraordinaria desampresión por lo ajeno. Calcan de Perezosos, pero no plagian, porque para plagiar hay que leer, estudiar.

Florencio Sánchez, por haber bebido ampliamente en la fuente de la gran dramaturgia, les preparó el camino en nuestro ambiente a los Sudermann, Ibsen y otros. Sus obras, con ser nacionales, fueron obras maestras inspiradas en el teatro extranjero.

Examínese la similitud de tendencias, situaciones e ideas que exista entre "Barraanca abajo" y "Como le foglie", de Giacosa. Sin embargo, la producción de Sánchez vive tan intensamente como la obra italiana original.

Plagiemos, entonces, sin miedo. Bernard Shaw, lo hizo en Inglaterra con Shakespeare, aduciendo que había situaciones en esos dramas que necesitaban ser desarrolladas. Plagiemos, pero sin esconder la mano. Comprendamos que no todos podemos ser creadores. Contentémonos con ser artesanos, que en el cuadro de un maestro perfeccionamos ciertos procedimientos.

Pero no hagamos lo que ciertos ladrones, que después de haber saqueado el templo, lo incendian para que no queden rastros... Entonces, aunque parezca paradójico, la escena nacional empezará a regenerarse por la obra de unos cuantos "plagiarios" inteligentes...

BIBLIOGRAFIA

FAHÉN, (BANDERAS) en el Volkshühne de Berlín. (Novela dramática en 19 cuadros), por Alfons Paquet.—

Después de treinta y siete años, nuestros camaradas Spies, Parsons, Lingg, Engel y Fischer, cuyos nombres ya se habían borrado de la memoria de muchos de su propia generación y que apenas son conocidos de la generación actual, fueron arrancados repentinamente al olvido. "Fahnen" es el ensayo de un dramaturgo alemán capaz de apreciar artísticamente la tragedia del asesinato legal de Chicago de 1887. Digo intencionalmente ensayo pues el autor solo logró en parte su propósito de expresar la gran significación social de aquel acontecimiento histórico. En su caracterización de los hombres agrarrotados aquel negro viernes del 11 de noviembre de 1887 en el cadalso, ha fracasado completamente.

Si se quiere crear una obra artística de las luchas obreras de 1880-90, de la misión de los anarquistas en ese momento y del crimen perpetrado por los representantes del Estado de Illinois, la primer condición es un conocimiento exacto del objeto y una comprensión simpática de las personas principales que desempeñaron un papel en aquel drama. En el señor Paquet esa condición sólo es dada probablemente en una medida muy moderada. Por esa razón las hondas deficiencias de su obra resaltan de inmediato.

No quiero decir de ningún modo que Fahnen carece de todo valor dramático. Al contrario, soy de opinión que el trozo contiene grandes posibilidades. Pero es necesario un mejor dominio de los acontecimientos de 1886-87 y ante todo más concentración en la exposición. Se podría muy bien suprimir algunas escenas, con lo que la representación ganaría.

Aquellos que no conocen el fondo histórico de la tragedia social de Chicago, pueden considerar el drama en el teatro como una obra artística en la que la descripción de los caracteres individuales y la fidelidad histórica de las personas y de los acontecimientos están expresados impecablemente. Pero para nosotros, que hemos vivido los detalles espantosos del crimen perpetrado a incitación de los barones industriales del Estado de Illinois, y a quienes el choque de las contradicciones económicas y sobre todo el fin de los mártires del gran drama se convirtió en el factor más decisivo de la vida, — para nosotros hay en Fahnen algunas falsas notas y muchas dolorosas disonancias.

Tal vez pueda expresarse mejor lo que quiero decir, al repetir dos cortos fragmentos que la dirección del Volkshühne indica como introducción explicativa del trozo:

"La segregación de personas individuales como "héroes", ha debido ser rechazada; donde son puestas en movimiento las masas, no hay espacio para personalidades exteriores". Y en otro pasaje se lee: "En Fahnen no se cantan alabanzas a ningún programa de partido".

Esa interpretación de la tragedia de Chicago es en gran parte responsable de las deficiencias de que padece el trozo. No es que yo vea en el arte un simple medio de propaganda; como tal sólo podría obrar indirectamente. En una vigorosa exposición de la vida y de todas las complicaciones de los conflictos sociales, el arte ofrece siempre una comprensión de esas explicaciones. Pero una cosa es no destacar lo heroico en las personalidades individuales o no cantar ninguna alabanza a un programa político, y otra cosa es emborronar de tal modo el cuadro que deje de ser arte y se convierta en una confusión de sucesos a los que se da una pincelada artística. Hasta un cierto punto, esto se refiere, también a Fahnen.

Sobre la misión de las masas en el movimiento de las ocho horas está de más toda discusión. Pero el impulso revolucionario de esa lucha lo dieron aquellos hombres que murieron el 11 de noviembre de 1887 en el cadalso. Fueron ellos los que dieron al movimiento de las masas su profundidad social, su idealismo y su inspiración. Spies, Parsons, Lingg, Engel, Fischer y sus camaradas fueron las antorchas en el camino de las masas li-

cia una nueva vida social sobre la base de la libertad y de la igualdad económica. Y fué justamente aquella filosofía social, fué el anarquismo, lo que movió a la bestia insaciable del capitalismo a entregar a la muerte aquellos cinco hombres y a enterrar para toda la vida tras los muros de la prisión a otros tres.

Es imposible que Alfons Paquet no sepa el rol que ha desempeñado el anarquismo en el período de la prisión, en la condena y en el ajusticiamiento de esos hombres. El juez Gary repitió siempre, y el fiscal Grinnell y la prensa servil hicieron resaltar en toda ocasión, que no estaba el movimiento de las ocho horas ante el tribunal, sino el anarquismo. Por el temor y el espanto ante el espectro del anarquismo fué hecha girar la cuerda que se puso al cuello de sus apóstoles. Todo intento de querer confundir ese hecho indiscutible y de hacer aparecer en una luz amortiguada las figuras sobresalientes en ese crimen para destacar más la significación de las masas, es por consiguiente arbitrario, históricamente falso y no es artístico.

Veamos ahora cómo ha concebido el señor Paquet sus caracteres: Spies aparece vanidoso, amanerado y hasta débil en el momento más decisivo; Parsons causa la impresión de un desmañado de buen corazón; Fischer es justamente la figura del rebelde tal como se describe en un periódico de novelas policíacas; Lingg, que ha sido la figura dominante del drama de Chicago por su obstinación rebelde, apenas se reconoce. Y sin embargo el señor Paquet sólo habría tenido necesidad de leer los discursos que pronunciaron ante sus jueces los condenados a la muerte, y su firmeza hasta el doloroso fin. Le habría beneficiado mucho la elaboración plástica de sus figuras y su presentación en su verdadera grandeza clásica.

La mayoría de las escenas contienen grandes deficiencias. Por ejemplo la escena del tribunal — la escena más violenta de todo el drama de hace treinta y siete años. En las tablas del Volkshühne esa escena carece de vida y da la impresión de amanerada. Y sin embargo, ¡cuántas posibilidades se habrían ofrecido aquí! ¡Qué fuerzas enormemente dramáticas actuaron en ella! ¡El juez fantarrón Gary, el fiscal rencoroso, astuto y sin conciencia, el jurado compacto, los testigos aterrorizados y vendidos! ¡Toda la atmósfera preñada de odio y de venganza! Y luego los ocho hombres, en medio de esa negra oleada de las contradicciones y de la muerte, en pie como gigantes, fortalecidos por su idealismo, por sus creencias, por su amor universal a la humanidad. ¡Qué material para un artista dotado de fantasía!

En Fahnen esa escena habría podido ser fortalecida por la entrada de Parsons en la arena, después de haber abandonado su seguro refugio para ser devorado por la bestia salvaje. Parsons, con la sencillez infantil de su corazón y la solidaridad profunda del camarada, se entrega al círculo de la muerte para ocupar su sitio en el banco de los acusados, junto a sus hermanos. No se necesita ninguna penetración especial para comprender a la primera ojeada las grandes posibilidades dramáticas de ese momento. Alfons Paquet no supo apreciar esa circunstancia y por consiguiente toda la escena carece de emoción y apenas revela su importancia.

La última escena de Fahnen salva a la obra de convertirse en un melodrama. Es la escena del entierro. Los obreros conducen a la tumba a sus queridos muertos. Innumerables banderas, bautizadas con la sangre de las víctimas asesinadas que cubre el camino de la liberación social, se extienden en filas inabarcables y se confunden finalmente en la luz crepuscular del mañana próximo. El viejo Dietzen, separado de ellos en los asesinados y aproximado a ellos en la muerte, hace penetrar la maldición de los oprimidos en los oídos cobardes de sus calumniadores y anuncia el día de la fraternización humana. Su voz, recibida por la masa inabarcable por la mirada, y acompañada por el ritmo de una música excitante, se eleva más y más con las banderas rojas que ondulan a la roja luz crepuscular. Esa escena es de una fuerza y una belleza arrobadoras.

Y al mismo tiempo es una prueba de que en el señor Paquet existe una vena dramática. Si se quisiera decidir a estudiar fundamentalmente los acontecimientos de 1886-87 y a interpretar hondamente las personas más importantes de aquel drama, aún podría hacer de Fahnen un gran drama histórico de importancia social y de verdadero valor artístico.

Si se compara la representación de Fahnen con la de Masse Mensch y König Huger en el Volkshühne, se constata muy floja. Lo que sin embargo me interesó más que la representación fué el hecho que una obra como esa pueda ser representada en Alemania. De América, que en la tragedia de 1887 desempeñó la misión del criminal nato, no se puede esperar que soporte a los resucitados. Pero en la mayoría de los países apenas sería posible la representación de una obra como Fahnen. Claramente la revolución alemana no ha penetrado muy hondo en las esferas de la vida del pueblo, pero sin duda ha fomentado notablemente la libre expresión de las opiniones.

EMMA GOLDMAN

Berlin, Junio de 1924.

"Palabras de Renan a un adolescente" — Roman Rollan — Ed. Europa — París.

Este último libro de Roman Rolland narra la entrevista que el autor tuvo con Renan en el año 1886, cuando era joven y estudiaba en la Escuela Normal Superior de París.

Renan entonces era ya bastante anciano, pero conservaba la frescura espiritual de un joven. Acogió a Rolland afectuosamente, con toda cordialidad, haciéndole partícipe de sus ideas, contestando a sus preguntas y a sus dudas y dándole consejos. Algunas de sus afirmaciones de aquel lejano tiempo, poseen para hoy un sabor profético.

—Tengo una gran fé sobre la humanidad — dijo, entre otras cosas, el viejo filósofo — pero me inquieta el porvenir de Francia. Los caudillos naturales del pueblo se hallan al margen del movimiento general, y la Iglesia poco o nada le enseña a la masa. Esta no tendrá la misma inteligencia de los más cultos, pero en cambio posee el instinto inherente a la raza; es leal y valiente, y si la falta de una severa disciplina que parece causa de



RACSO.

ro

l plagio

una pregun- ambiente teat- los auto- res y adap- o este inte- angustio- que el pla- absurda- han dado en

bre de buen s — es has- reportajes gario y dijo rriendo el s masas. Por que liban en illas y mons- mbres, lue- tan inau- mal" o "Las s", de Rim-

tiempo un Baudelaire áticamente p, al "Canto apoyándose célebre, cuando esa poe- El público

describen, éste es más aparente que real. Después de todo, si nuestro pueblo se envejeciese, haciéndose débil, sería de desear que otros pueblos mejores y más fuertes lo arrollaran. Eso siempre sucede y continuará sucediendo.

Acercá del progreso, Renán no experimentaba ninguna impaciencia, aunque de todos modos demostraba ser un entusiasta y un optimista. "Tenemos nosotros — decía — por delante todo el infinito del tiempo. Ahora el carro del progreso marcha sobre rieles y corre a todo vapor. Pero todavía queda tanto por hacer! Hay tierra para todos los hombres y brazos para toda la tierra. Y a pesar de eso, hay millares y millares de hombres que se mueren de hambre y hay millares y millares de kilómetros cuadrados que se hallan todavía incultos y desiertos. Si la tierra toda, aprovechada en común por todo el género humano; a eso se llegará ciertamente. Aunque sería de temerme que si eso se hubiese de realizar ahora mismo, se impondría un tirano o las circunstancias lo harían necesario. Y esto no es lo mejor que pudiese suceder, porque la libertad es la esencia del progreso.

No hay que desalentarse aun cuando haya tropiezos y dificultades. El progreso marcha con pies de plomo, pero es incansante y seguro. Para convencerse basta que nos detengamos a mirar lo que gramos dos siglos o tres atrás. Existen y existirán siempre momentos de estancamiento y de regresión; y, entonces, parece que todo lo que más amamos será destruido. Pero no os inquietéis demasiado. El camino que recorre la humanidad es la ascensión de una montaña: serpentea, se dobla en zig-zag; entra en los recodos, baja, sube, vuelve, retornando al lugar de partida; pero, a pesar de todo eso, avanza siempre y se acerca más a la cima...

Sobre la religión cristiana le decía Renán a Rolland, que la influencia moral era excelente, pero la intelectual detestable, e insistía en esto con cierto calor, abundando en argumentos. Agregaba: el cristianismo ha sido el mayor tormento y la mayor tortura que hubo de soportar el espíritu humano. Fue el que creó la noche mediceval, la cual duró muchos años. Durante ella, el género humano casi parece entre tanta necedad, estupidez e ignorancia, que engendraba las masacres más horrosas. Nada hay más temible para el porvenir humano, que la superstición. No hay nada también más funesto, que cuando, persuadido de que se posee la verdad, se quiere mandar a los demás para que piensen diferentemente que nosotros.

Eso siempre trae el martirio y la agonia del espíritu.

Por lo demás, la influencia del cristianismo no ha sido tan grande ni tan benéfica como se ha querido creer, sino que ya encontró nuestras razas sanas e inclinadas al bien. En Oriente, en efecto, la religión cristiana no tuvo mayor influjo que otras religiones.

Después, Renán le preguntó a Rolland noticias sobre sus estudios; cuáles eran sus preferencias y qué lecturas le eran habituales y etc.

Aquí, al contestarle que prefería las investigaciones históricas, pero que evitaba las reglas escolásticas, Renán asintió, aunque con cierta reserva. Y añadió: — Muy bien, muy bien; es necesario que el espíritu contemple la naturaleza para que se forme sus concepciones generales...

Empero, más tarde, hay que especializarse para aportar, con las ideas generales que se han formado, la contribución sería a la obra y al progreso de la humanidad.

Hemos resumido el libro en un esquema general, espigando lo que más convenia a nuestro punto de vista.

El diálogo todo, es interesantísimo, tanto más si se tiene en cuenta que Rolland publica apuntes que él escribió hace muchos años, inmediatamente después de haber dejado al gran escritor.

REVISTA DE REVISTAS

"Proa". — Es, en fin, un revista fundada "por cuatro jóvenes formados en ambientes distintos", quienes se encontraron "de pronto convencidos espiritualmente en una perfecta coincidencia de sentimientos".

Lo que quieren pretender venes intelectuales, que se encuentran en ambientes distintos, entre quienes se

hallan poetas, ensayistas y críticos de las cuatro artes, es un poco difícil saberlo o comprenderlo, a través de las cuatro o cinco páginas del prólogo que encabeza la publicación. Son tan genéricos sus deseos y anhelos de unión con la "juventud de la nueva generación" (?), son tan vagos sus conceptos fundamentales sobre la vida y el arte, es tan densa la niebla que envuelven y ocultan esos lugares comunes remozados y acicalados, y tan reforzadas y torturadas hallanse las frases, que, en verdad, cuando se termina de leer ese programa o prospecto, parece que despertáramos de un sueño narcotizante.

No hay duda que hay prosas que son muy eficaces para combatir el insomnio. Sobre todo aquellas que afectan un estilo que, en realidad, no poseen.

Así con ese engolamiento, con esa afectación, se dejan en el tintero muchas cosas interesantes, que se podrían decir perfectamente en una forma llana, natural y quizás hasta desmañada.

Si hubiera en ellos la experiencia que dan las lecturas meditadas, observarían que casi todos los grandes escritores pasaron por la escarlatina de poseer un estilo peculiar que los diferenciase de todos los demás mortales que garabatean. Pero a poco andar, si eran escritores por vocación y de raza, se dejaron de tilingueries, y buscaron la palabra llana, el tropo, el giro sencillo y fácil que más energía y vigor le presta a lo que desean expresar.

Acción y acción, y dinamismo, debe existir en todo lo que vive y anda. Los ejemplos que pueden ilustrar lo que antes hemos expuesto, los hay a cardúmenes en todas las literaturas y en todos los literatos. Hasta D'Annunzio, que fué amañado y barroco en su juventud, ahora, ya viejo, empezó a escribir en su "Nocturno", como un simple mortal que desea externalar sus angustias y sus inquietudes. La sinceridad no busca arrequives inútiles, que, en vez de favorecerla, le estorbaban.

Peró como no somos mentores, ni queremos hablar en ídem, haremos punto final, añadiendo que el defecto que señaláramos puede ser debido a la extrema juventud, en que los sueños y los anhelos son confusos, no permitiéndoles la nitidez del concepto, ni la llaneza en el decir.

Por ventura, no todas las producciones que contiene esa revista están inspiradas en ese mismo espíritu, ni escritas con tanto alambicamiento. Por más que el afán literario se evidencia en todas.

Los grabados que intentan ilustrar sus páginas están concebidos sin concierto ni orden, adoleciendo del fundamental defecto de ser chatos, y cuyas líneas abigarradas no tienen, — para nosotros, por lo menos, — ni la más ínfima elocuencia. Son, en fin, unas "cosas" disparatadas y necias.

Los elogios al ultrarrojo a la señorita Norah Borges, autora de esos adeseños, están muy fuera de lugar.

De todos modos, los "hijos de papá" ya tienen una revista donde podrán decorar sus ocios con un poco de "literatura" y otro poco de "arte". Mejor así. At.

Bombos y pales:
más pales que bombos

Otro fenómeno.

El señor Cupertino del Campo es otro que toca todos los instrumentos. Ya nos apresuráramos a informarles que es violinista. Siendo director del Museo, toca muy bien el violín. Siendo pintor, toca, además, el violín. Siendo médico, maneja muy diestramente los pinceles. Siendo escritor, conferenciasta, historiador y crítico tañe exquisitamente el violón.

Con todas estas profesiones y oficios, dirán ustedes que positivamente no poseerá ninguna a fondo. Y acertarán ciertamente.

La verdad es que es tan mal pintor, como escritor, médico, violinista y las demás cosas.

Es que los hombres con el bombo a la espalda, un zapato con campanillas en la cabeza, un abrochador entre las manos y una flauta en la boca, abundan en nues-

tro país. Estos hombres que tienen un don de ubicuidad tan profuso, son la peor plaga que puede desarrollarse en nuestra incipiente democracia. Ocupan todos los lugares indebidamente, quieren hacerlo todo y a un mismo tiempo, no haciendo absolutamente nada de provecho inhibiendo que los otros hagan algo. Son los vasos vacíos que hacen más ruido que los llenos. Son los eternos pedregueños de puestos y prebendas, a quienes todas las armas les parecen buenas con tal de conseguir su propósito. Desde la adulación hasta la intriga, recorren toda la gama.

Y este señor que en todo lo que quiso hacer demostró una incapacidad manifiesta, entrega al público un libro de reffritos. Es decir, una serie de quisicosas que garrapaté en los ratos libres que le quedaban después de haber desempeñado sus múltiples funciones.

De qué calibre intelectual son estos artículos, qué puntos calzan estos buñuelos en cuanto a humorismo y donosura, es un secreto de familia, que, por cierto, no develaremos nunca.

Solamente añadiremos que hacen pendang con sus cuadros. Y si todavía agregamos que estos son lo percrito de toda su producción artística e intelectual, ya nos habrán comprendido porqué deseamos conservar el secreto.

ERUDICION MODERNA

Ni los profesores ni los discípulos han leído los libros, cuyos títulos apenas conocen y de los cuales, a veces, hablan. Se contentan con lo que han leído, al azar, citas, datos, fechas, hojeados en alguna historia de la literatura.

Y los que han redactado esas historias no han leído jamás otra cosa que otros estudios literarios.

Y es de esta manera como se hace una tradición y una cultura...

A los diez y ocho años todos saben que Shakespeare escribió Otelo y que los personajes de Corneille, "son héroes de la voluntad", y que los de Racine "son del amor" y etc.

Y así nos quedamos eternamente con frases hechas...

PERIODISMO

Nada iguala a ese infierno del periodismo, donde ni siquiera se puede escoger la soga con la cual uno ha de ahorcarse.

Pensamos en el destino de un Cézanne si se hubiese visto obligado a pasarse toda su vida en la terraza de un café, haciendo los retratos de los parroquianos y que fuesen parecidos... El, que le puso un año — y un pico de cigüeña — para pintar el retrato de Vollard...

DISPARATARIO.

De "Marín Fierro", — revista redactada "por la juventud más brillante del país", — es la parrafada castelarina que sigue. Tome aliento. Va a empezar. Gay asiento, cabayeros:

"Sin embargo, quien quiera tener un atisbo de la silueta física del personaje, busque un artículo de don Arturo Giménez Pastor publicado hace tres años en "El Diario", en folletín, y, a la cabeza armoniosa, con la dulce y noble expresión del rostro, acentuada antes que disminuida por un "abundante y largo bigote rubio de guerrero galo", como el de un "Vercingetrix mundano", que se contorna e ilumina bajo la pluma evocadora del articulista, añade los pormenores que Cambaceres da sobre su persona en el Prefacio de "Silbidos de un vago"; hecho esto, entre en el libro y si sobre cada página con que el escritor describió las costumbres mundanas de Buenos Aires, la contemporánea suya, hoy tan distinta, se resuelve tomar aliento"...

Ya tomó aliento otra vez. Pues siga. Hay más:

"...verá surgir por la asociación de aque lla silueta con los sitios que frecuentaba, algunos aspectos privados del hombre, si quiera sean los del soltero rico, de buena cuna, que sienta a su mesa en comidas periódicas presididas por la madre a un escogido grupo de la juventud brillante de su época, cuando no lo recibe en el palco "avant-scène" del viejo Colón, del que era asiduo y donde se lo consagra, para decirlo con Giménez Pastor, "el conquistador nato de la prima donna de las compañías".

¿Ustedes han comprendido algo? No? Nosotros tampoco. El señor H. C. — autor de la monografía sobre el fundador

de la novela argentina, Eugenio Cambaceres —, retiene el record de tiro largo, sobre todos los escritores del mundo. ¡No hay duda que es un gran honor para la Argentina!

"Los muchos días de temperatura tibia habidos en agosto han apresurado este año el brote de la flor en los gajos pelados; los días tibios han movido la savia vital en la naturaleza del árbol, y las pequeñas y preciosas flores rosadas, desafiando los últimos retornos del frío y de la aun posible helada, han aparecido, acá y allá, en maravillosas matas, sobre el fondo gris que forma el ramaje desnudo. Por cierto, no es todavía unánime este florecimiento".

... Por cierto, que ustedes no adivinan de quién son estos períodos que evocan toda la utilería de una caduca retórica y también las metáforas menidas de Luis de Val... No; no son de "El Picaflor", ni de "Las Brisas del Oeste". Se engañan.

Son, simplemente, de "La Nación", que ha tenido un acceso sentimentaloidé y cursi, y quiso hacer un suelto meteorológico, dándosele de martingil, prediciendonos que muy cerca, muy cerca, está la primavera...

¿Es que no sabía, el agrónomo que redactó ese suelto, que ese florecimiento prematuro significa que nosotros los pobres no vamos a comer duraznos por que serán escasos y a causa de las heladas que han de sobrevenir?

Del libro recientemente aparecido de Cupertino del Campo — *El color de mi crista!* — entresacamos este "trozo", que estaría muy bien en una antología del mal gusto periodístico y literario, donde la sal de cocina es la única que se emplea:

"El pobre hombre no quiso hundirse, sino, por el contrario, subir. "Subir!" That is the question", dijo, y pegó el gran salto, de cabeza. Y se vió con los pies en el aire, y como en el universo no hay arriba ni abajo, creyó que era éste un modo como otro cualquiera de sostener al mundo.

A veces se encuentra bien así y no se arrepiente, por amoralidad congénita o adquirida. Pero los demás — excluyendo, a los gansos, que deben ser excluidos siempre,...

... Por esto, porque si lo supiera se daría cuenta exacta de su posición invertida y de que si lo de sostener al mundo es cierto, desde el punto de vista absoluto, lo de la cabeza en el pantano no lo es menos, desde el punto de vista relativo, único real para el hombre que no puede calzar otro punto".

¿Ustedes se han reído o siquiera sonreído?

Entonces no compren ese libro que el autor quiso que fuera algo alegre, pimpante, y que, en cambio, es capaz de entristecer a un Falstaff redivo que se vea obligado a contemplar a un Cupertino cualquiera, haciendo morisquetas, dando cabriolas, pizpiretando como un tony de circo para sentar plaza de gracioso.

